

UN AMOR ALIMENTADO DE RECUERDOS, DEL LATÍN
RE-CORDIS: «VOLVER A PASAR POR EL CORAZÓN».

COMO
LA
SEDA



ELEANOR RIGBY

Un amor alimentado de recuerdos, del latín
re-cordis: «volver a pasar por el corazón».

No es cualquier mujer...

Nadia Vankov está preparada para heredar el trono de Bosnia. Sabe todo lo que debe saber. Tiene la actitud. La sangre. El derecho. Y, sobre todo, la convicción de que sacrificará cualquier cosa para cumplir con su deber. Solo le falta poner un pequeño asuntillo en regla, uno que podría hacer peligrar su situación en palacio; un problema que surgió a raíz de la locura que cometió años atrás, y que involucra a un hombre.

No a cualquier hombre...

Jared Ryan recibe una misteriosa carta sellada por la realeza bosnava. Lo último en lo que se le ocurre pensar es en la mujer de la que se enamoró y que desapareció sin dejar rastro. Pero en cuanto recuerda el sufrimiento que aquello le acarrió, decide que, aunque no es nadie para contradecir una orden imperial, va a arriesgarse a ofrecer un acuerdo distinto. Uno con sus condiciones.

A fin de cuentas, a ella le hace falta su firma, él también necesita su autógrafo... ¿Y para qué está el matrimonio, si no es para echarse una mano... en el sentido que sea?

Índice de contenido

Cubierta

Como la seda

Aviso para navegantes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Epílogo

Lista de canciones

Sobre la autora

Notas

AVISO PARA NAVEGANTES

Todos los lugares aquí mencionados que aparecen relacionados con Boslavia, ya sean monumentos o regiones interiores —e incluido el propio país—, son de mi invención, así como cuantos personajes aparecen. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia, por lo que no me hago cargo de posibles similitudes con personas y/o situaciones reales. Debo aclarar también que, aunque Boslavia es una región supuestamente situada entre Bulgaria y Turquía y en estas zonas del Este europeo se añade el sufijo «a» a los apellidos —las mujeres habrían de ser Vankova, o Ivanova si el padre fuese Ivanov—, para unificar el criterio entre los miembros de la familia, simplificarlo —y aprovechando que por ser un país inventado puedo no adoptar la declinación propia de sus vecinos—, he decidido que todos se apelliden Vankov. No así otros personajes que sí tienen una procedencia claramente rusa, en cuyo caso se mantiene la formación de apellidos vigente en la actualidad.

Gracias a Day, siempre, por escucharme los billones de audios a horas intempestivas con dudas de tipo argumental. Sin ella, mis libros nunca serían lo que son (en el buen sentido, eh, si salen mal, es todo mi culpa). Gracias a Inés por animarme a escribir lo que me da la gana (y por coincidir conmigo en que a ella también le apetezca un poco de novela contemporánea ahora), y obviamente por ser estu-penda.

Si quieres vivir la experiencia de *Como la seda* al completo, escanea este código que aparece aquí debajo para

dirigirte a la lista de reproducción de las canciones que salen (para aquellas que no usen Spotify se listarán, de todos modos, al final de la novela). Debajo te pongo el tablero de Pinterest donde se podrán ver tanto los rostros de los protagonistas como los increíbles *outfits* de la princesa.

¡Disfruta de la novela!

Si no te sale el código, la *playlist* se llama *Como la seda*. El perfil, @terrencelovesme

Cuenta de Pinterest: @eleanorigbysays

Nombre del tablero: Como la seda - Outfits

CAPÍTULO 1

Jared desclavó el cuchillo de la tablilla de madera y apuntó al cliente.

Quien lo conocía sabía que era una de esas manías feas que no se molestaba en corregir, y que en realidad no auguraba nada malo. Era carnicero, además de un tío de barrio sin ningunos modales, pero también una muy buena persona. Si empuñaba el acero, lo hacía como los profesores agarraban la tiza o los cantantes su micrófono.

Hasta ese día. Se le ocurrió que la postura le estaba dando un toque amenazante, y en lugar de bajar la mano para evitar malentendidos, se alegró por ello.

—Llevas tres meses sin pagarme, Freddie. Como comprenderás, esto es un negocio y yo tengo que ganar dinero para mantenerme, ¿entiendes? Estoy en números rojos.

—Lo sé, lo sé, y lo siento. Te juro que no pruebo ni un gramo de lo que me llevo, es todo para los niños. Necesitan llevar una alimentación equilibrada... No puedo dejarlos sin carne, Jared. Y menos estando como están. Betty no mejora de la anemia.

La mención de Betty le bajó un poco los humos. No había nada que Jared o cualquier tipo del barrio no hiciese por la niña de los ojos de Frederick.

Relajó un poco la fuerza con la que sostenía el cuchillo —tal vez no hubiera sido lo más ético ponerse en plan Jack el Destripador—, pero no lo soltó. Apoyó los codos en el mostrador y lo miró con seriedad.

—Entiendo tu situación, de verdad. Si las cosas fueran de otra manera te echaría un cable de nuevo, pero por mucho que quiera no puedo estar costearo tu alimentación. La gente empieza a hablar, y el otro día vino un cabrón a amenazarme con que, si te hacía descuentos a ti, más le valía que le bajara a él el precio a las pechugas. Al menos debes pagarme la mitad, ¿comprendes?

»¿Por qué no buscas un trabajo? Hace ya un tiempo que te despidieron. No puedes permitirte estar en el paro con tres niños y ninguna ayuda social.

—Esa es la cosa, que desde la semana pasada estoy trabajando. He encontrado un puesto cargando y descargando cajas para una empresa de envíos. Y por las noches echo una mano en el bar de Harlem. Pero no me da ni para pagar el alquiler. Las deudas con el banco me chupan el salario antes de que pueda sacar el dinero del cajero.

Jared se frotó la mejilla con cara de consternación. No tenía derecho a lamentarse por una desgracia que no le rozaba ni de casualidad, y menos después de haberse resistido a echarle una mano, pero empezaba a desesperarse por la situación de todos sus conocidos.

Fred no era el único al que veía rindiéndose por no poder mantener a su familia. Las últimas inversiones de sus vecinos y amigos, más una serie de desgracias personales, estaban guiando a la gente que conocía a la bancarrota. Y eso no era para tanto cuando no se padecía una depresión de caballo que impedía poner soluciones, que era el problema principal de su amigo Fred. Estaba jodido en todos los aspectos. En cuanto al resto de sus colegas... Harlem solo tenía pérdidas con el bar, que desarticulaban los matones del polígono cada vez que volvían de sus rutas moteras, y Trace había entrado en la cárcel hacía una semana por defenderse de un delincuente que había intentado robarle. Es decir: por haber estado a punto de matarlo de una paliza. La fianza que costearía su libertad era de miles de dólares, y aunque Jared fuera el único con ahorros, no

podría reunir la cantidad hasta pasada una década. Para entonces, su hermano pequeño estaría tan acostumbrado a la vida en el trullo que no habría alma que salvar.

Miró a Fred.

Estaba hecho polvo. No tenía ni treinta y cinco años y ya le habían salido canas y arrugas. Incluso su pelo empezaba a ralear; lamentable cuando su familia era famosa en el barrio por la fuerte y orgullosa raíz del cuero cabelludo. Era raro ver a un Lander rapado al cero.

Con lo guapo que había sido... Jared recordaba haber sentido envidia cuando, después de las pachanguitas amistosas en el pabellón del instituto, marchaban al vestuario y se despelotaban. Era un adonis. Todas las tías le perseguían en aquella época; durante los partidos se sentaban en la última fila de las gradas de la cancha, aun cuando Freddie era un penco, solo por si se levantaba la camiseta o les dedicaba las canastas de otros. Jared y él solían apostar a ver quién ligaba más en una noche, y siempre perdía. Porque, entonces, Fred aún sonreía.

Era lamentable cómo cambiaban las cosas, y, a veces, de un día para otro. No hacía ni cinco años desde que se casó cuando perdió a su mujer en un tiroteo en el que no debería haber estado presente. En Baltimore era peligroso sacar a pasear al perro por ciertos barrios a determinadas horas de la noche, y Deborah se arriesgó a hacerlo sin armarse con el *spray* de pimienta o el pequeño revólver que Fred escondía en el cajón de la mesita. Su funeral fue el que lo desencadenó todo. La depresión de su marido, la locura del hermano pequeño de Jared —a partir de ese momento, Trace empezó a salir a la calle a pelearse a sangre con el que le calentara un poco la cabeza— y la frustración absoluta de él mismo.

Se sentía obligado a colaborar con ellos, y lo hacía de buena gana. Hasta la fecha, buena parte de los ahorros de Jared iba a casa de Freddie, porque era el único lo bastante humilde para aceptar que necesitaba ayuda. A Harlem se

lo comerían las ratas antes de admitir que el banco estaba a punto de echarle abajo el bar. Y Trace... Joder, sus esperanzas empezaban y terminaban en ese nombre. Si Jared estaba perdiendo la paciencia y se dejaba seducir cada vez más por la idea de marcharse de Baltimore, era porque por fin abría los ojos a la realidad. Por mucho que intentara estar ahí para ellos, no podría salvarlos a todos. A su hermano menos que a ninguno, porque ni siquiera escuchaba.

Suspiró y apartó los brazos del mostrador. Agarró el cuchillo otra vez y seleccionó lo mejor que tenía en exposición. Con movimientos firmes, fue cortando, envolviendo y guardando en una bolsa las provisiones que habrían de durar dos semanas.

—La ternera pónsela a Betty en un estofado con patatas y zanahorias. No son muy caras; si no, sabes que Carl cultiva en su jardín. Si le pides medio kilo, te lo sopla. El pollo a la plancha, ¿de acuerdo? Sin salsas de mierda. Kétchup es lo último que necesita. Y esto... Para ti. Son alitas.

Los ojos de Freddie se iluminaron.

—No recuerdo la última vez que comí alitas. ¿Recuerdas las de Gio's, las que te ponían con salsa barbacoa y la guarnición gigante de patatas cajún?

—Luego pasabas la noche en el infierno, cagando como si te hubieras metido media fábrica de laxantes —rió Jared—. Me escuece el culo solo de pensarlo.

Freddie exhaló. Eso pretendía ser una carcajada.

Se colgó la bolsa del codo.

—Quién volviera a esos tiempos, ¿verdad? Te vuelvo a deber una. Súmala a las otras mil.

Y esbozó una sonrisa tan desvalida que Jared dejó de estar orgulloso por el gesto hacia su amigo y se odió por no poder ofrecerle nada mejor: medicamentos, chucherías o la clave para recuperar la felicidad. Lo vio tan viejo, tan derrotado por las complicaciones de la vida... Le asaltó el presentimiento de que podría ser una de las últimas veces que lo veía, y se dio cuenta de que era tan afortunado por

seguir teniéndolo a su lado que no se resistió y lo agarró antes de que cruzara la puerta.

—Eh, Freddie. No me debes nada, ¿de acuerdo? Tú solo sigue así y en algún momento verás los beneficios. Irá bien. Te lo prometo.

—No lo sé, Jimmy... No lo sé —musitó—. Sin ella solo voy cuesta abajo. En todos los sentidos. Si solo la echara de menos podría seguir adelante por los niños, pero es... mucho peor.

—Lo sé.

Ninguno quiso añadir nada. Todo lo que se tenían que decir sobre Deborah ya lo largaron en el pasado. A diferencia de Jared, Freddie no era un hombre reservado: cuando necesitó llorar, gritar y maldecir, lo hizo. Cuando tuvo que encarar al criminal en las cortes de Maryland y darle una paliza con sus propias manos, a riesgo de que le pusieran una multa, ni se lo pensó dos veces. En efecto, sucedió a la salida del juzgado, y por su pérdida de control pasó unas cuantas noches en el calabozo. Infeliz, porque Deborah seguía enterrada, pero también temporalmente satisfecho.

Aun y con su expresividad y sus muchos momentos de desahogo, Jared entendía que no fuera suficiente. Freddie necesitaba hablar de ella todos los días, igual que Trace descargar su furia y Harlem tratar de mantener arriba los ánimos con rondas de cervezas que no se podía permitir.

Ninguno conseguía sus propósitos.

Se fijó en que Freddie no se movía, sino que le observaba con una sombra de duda.

—Sé que no te gusta hablar de esto, y te juro que no lo saco por curiosidad, sino por si pudiera servirme de ayuda —dijo al final—. ¿Cómo lo hiciste tú para superar tan rápido lo de Nadia?

Jared disimuló la sorpresa por el cambio de tema. La herida aún le escocía; se frotó el pecho con una mano distraída, como si le picara la sal vertida.

Encogió un hombro.

—Es fácil superar que te dejen sin decir nada. Distinto es cuando te la arrebatan.

—Pero la querías igual que yo quería a Debbie.

—No lo compares con lo que Deborah y tú teníais. Lo mío con ella fue una aventura sexual sin más historia —mintió—. Vosotros erais mejores amigos y amantes.

»Pero eso no significa que no puedas encontrar a alguien más —se apresuró a añadir.

—No me salgas con eso ahora, por favor. Bastante tengo con que Harlem quiera meterme a sus amigas por los ojos para que empieces tú también.

Jared alzó las manos.

—De acuerdo, tranquilo. Solo creo que deberías salir más.

—Y también que debería superarlo de una vez, ¿verdad?

Rescató de su expresión un rastro de bochorno que no debería estar ahí.

—Freddie, si yo hubiera vivido lo que tú, no estaría en pie. No creas que eres un blando por no pasar página. Una conmoción como esa dura años.

—Perdone, ¿va a seguir conversando con su amigo mucho más rato? —intervino una señora—. Llevo quince minutos esperando que me atiendan, y tengo una cita urgente con el médico en diez.

—Sí, lo siento, ya le dejo —dijo Freddie apresuradamente. Lanzó una mirada rápida a Jared y le dio una palmada en el hombro—. Gracias otra vez.

—No se dan.

Le hizo un gesto a la señora para que le enumerase qué quería mientras supervisaba la actitud con la que Freddie salía de la carnicería. Cabeza gacha, hombros hundidos. Ser corpulento por constitución le salvaba de parecer un saco de huesos. Hacía semanas que no se afeitaba y no le preocupaba si su ropa conjuntaba. Jared no era ningún tipo coqueto, pero entendía que nadie quisiera contratar a Fred

con ese aspecto tan descuidado. Nadie se fijaba en lo que había debajo de unos pantalones desgastados por el uso, ni le importaba lo que hubiese detrás de unas ojeras oscuras. Las historias de la gente solo gustaban si tenían final feliz.

Antes de que la puerta se cerrase por la salida del hombre, otro la empujó para pasar. Se le veía acelerado, sudaba a mares y por la forma en que barrió el local con la mirada, Jared entendió que lo estaba buscando por una urgencia. Terminó de salar la carne para la señora y se la entregó envuelta en papel de plástico antes de decir:

—¿Qué pasa, Harlem?

Además de su amigo de la infancia, Harlem era su vecino de al lado, un tío de su edad con tanta ambición y grandes expectativas que solo a su lado se atrevía a admitir que él también las tuvo una vez.

Harlem se detuvo un momento para saludar con efusividad a Freddie y preguntarle cómo estaban las cosas. Luego se acercó rápido, con su característico caminar de muñeco del San Andreas. Venía de hacer ejercicio; tenía las greñas castañas pegadas a la cabeza y llevaba una camiseta de tirante muy fino que exhibía sus costados y su pecho.

—Perdona por molestarte en el trabajo, pero ha estado tocando a tu puerta un tío que parecía importante. Temas del correo.

—¿Ahora hasta husmeas en mi buzón? Tienes que empezar a meterte en tus asuntos, cabrón; te lo digo en serio.

—Le he atendido porque no paraba de insistir —explicó. Le entregó un sobre y, sin poder contenerse, envió una mirada curiosa y añadió—: Es correo certificado... y tiene un sello real. No me digas que eres el nieto perdido de Isabel II. De ser así espero que compartas lo que te toque como heredero.

—Claro que sí, heredero de mis cojones —se rio. Utilizó un paño para limpiarse las manos antes de examinar la car-

ta—. No he visto este símbolo en mi vida. ¿Cómo era el tío que te la ha dado?

—Llevaba un traje con unos gemelos carísimos y me dijo que se dedicaba... Mira, no sé. No le estaba escuchando, llevaba los auriculares puestos. Pausar a Neil Young para oír las tonterías de un payo con aires de superioridad no me pareció correcto. ¿Crees que pueda ser una orden de detención? ¿Has hecho alguna locura?

—Me ofende que sugieras eso. —Pausa—. Yo no sería tan imbécil como para dejar que me pillaran.

Harlem apoyó los codos en el mostrador y se balanceó como un crío curioso.

—¿Entonces? ¿Has conseguido que alguien serio defienda a Trace en el juicio?

Negó con la cabeza mientras abría el sobre. Le hizo una señal de espera a la otra clienta, que le cedió con amabilidad todo el tiempo del mundo devolviendo la atención a su móvil.

—No podría permitirme un abogado con unos gemelos carísimos, y, de todos modos, Trace ya tiene al suyo de confianza. Si no fuera porque es uno con turnos de oficio frecuentes al que no puede elegir (y porque la casualidad existe), empezaría a pensar que tienen rollo y se da de hostias con cabrones de la calle como excusa para verlo...

Se olvidó de lo que estaba diciendo nada más leyó la primera línea del documento, que dobló en cuanto sacó del sobre.

—¿Qué coño es esto?

—¿A ver?

Harlem rodeó la barra para echar un ojo por encima de su hombro.

—Convenio regulador de divorcio de mutuo acuerdo —leyó. Tardó un poco en procesarlo; igual que Jared, que se quedó mirando el folio sin pestañear—. Hostias. ¿Te has casado y no me lo has dicho?